

Ensayo sobre la comprensión de la guerra

B. H. Liddell Hart observó una vez que el antiguo proverbio "Si deseas la paz, párate para la guerra", no había garantizado la paz a los romanos ni a nadie después de ellos y llegó a la conclusión, por lo tanto, de que el argumento era falso o estaba expresado con demasiada simplicidad, sin suficiente profundidad de pensamiento. Entonces expuso que sus estudios de la guerra sugerían que una máxima más cierta sería: "Si deseas la paz, conoce la guerra".

En su fracaso por conocer la guerra tanto el "halcón" como la "paloma" están igualmente equivocados. Ambos favorecen (o se oponen) a la guerra —ya sea la guerra en general o alguna forma particular de guerra— sobre terrenos doctrinarios sin entender realmente qué es, por qué se produjo o qué papel está desempeñando. Es interesante destacar que tanto los soldados (que no son necesariamente "halcones") como los pacifistas sorprendentemente casi no muestran diferencias a este respecto. Liddell Hart no dijo, "si deseas la paz, es-

tudia la guerra", sino que dijo: "Si deseas la paz, conoce la guerra". Los pacifistas condenan totalmente la guerra y no hacen la menor tentativa de comprenderla, creyendo que es intrínsecamente perversa. Por otra parte los soldados la estudian, pero sus estudios están dedicados casi exclusivamente a la táctica y técnica de las operaciones militares —a la estrategia militar en el sentido más estricto— en oposición a un examen de su naturaleza y sus relaciones con la sociedad. Ninguno de los dos grupos entiende realmente la guerra.

Por R. L. Giddings, Jr., Coronel, Ejército de EE. UU.

LA NATURALEZA DE LA GUERRA

Cuando un grupo político intenta imponer su voluntad sobre otro grupo político, y la consiguiente lucha de poder da por resultado la aplicación ordenada de la fuerza militar, la violencia organizada resultante se llama guerra. Actualmente, por supuesto, cualquier acción política implica el uso del poder por parte de grupos que difieren sobre asuntos de política pública. El poder es un elemento esencial de las relaciones políticas, y nadie trata de usarlo con más energía que el partidario de la protesta no violenta, incluso en aquellos raros casos en que de hecho no se usa la violencia. Sin embargo, mientras el ejercicio del poder no implique el uso de las fuerzas armadas (en oposición con la política) por grupos políticos opuestos, no es guerra. Es así como ni las revueltas ni la desobediencia civil constituyen guerra, aunque ambas hacen uso del poder para imponer su voluntad sobre los demás en asuntos de política pública.

En el campo de la política internacional, la guerra es el tribunal del último recurso. Las naciones apelan a ella después que todos los demás medios han sido agotados. Ninguna nación recurre a la guerra cuando realmente cree que puede disponer de otros medios capaces de llevarla a lo que considera un resultado aceptable. En vista de que las consecuencias de la guerra nuclear se han vuelto cada vez más terribles, las naciones han dado muestras de una inclinación cada vez mayor de su disposición para poner a prueba otros medios, o incluso para reducir los niveles de lo que se considera "resultados aceptables". En algunos casos, se ha considerado que las guerras limitadas son aceptables, mientras que —desde 1945— la guerra nuclear ha sido siempre rechazada.

Cuando la guerra es reconocida como el tribunal del último recurso, los pacifistas que la desterrarían totalmente, se ven obligados a reconocer que realmente tienen dos alternativas a seguir. Primero, tratar de encontrar algún otro tribunal de último recurso, y segundo, aceptar resultados que son desfavorables pa-

ra su nación. La primera opción no existe en realidad, mientras que siempre se mantendrá la posibilidad de recurrir a la fuerza. La segunda conduciría finalmente a la destrucción de cualquier grupo político que la siguiera. Según las palabras de Arnold Toynbee:

"El peligro más evidente en la ruta de la estrategia del pacifismo es la perspectiva, que sus partidarios deben enfrentar en caso que su acción resultara efectiva, de poner a los estados, en los cuales el pacifismo es una fuerza política poderosa, a merced de los estados en que éste es impotente; y ello significaría permitir que los gobiernos más inescrupulosos de potencias militares ignorantes, se convirtieran en amos del mundo en el primer capítulo de la historia".

Las así llamadas tácticas "Salami", hechas famosas por los comunistas y practicadas tan efectivamente por Hitler hasta su ataque a Polonia, son una tentativa de explotar la tendencia de los idealistas occidentales para aceptar resultados desfavorables antes que arriesgarse a una guerra. Entre paréntesis, aunque el pacifismo no es realmente una solución posible, el control de armas puede serlo. El control de armas tiende a reducir la posibilidad y violencia de la guerra sin tratar de eliminarla al menos como una opción final teórica.

Hay dos teorías sobre la naturaleza y finalidad de la guerra que pueden identificarse. La primera sostiene que la guerra es una empresa racional, iniciada para lograr ciertos resultados deseados y que —por lo menos dentro de ciertos límites— puede ser controlada por la aplicación de la razón. Esto puede llamarse el punto de vista racionalista. La otra teoría sostiene que la guerra es un acto de ciega pasión, controlada únicamente por poderes demoníacos y obscuridad, y que es incapaz de servir para un objetivo racional o útil. Una vez iniciada la guerra, seguirá (a) un curso previamente determinado de acuerdo con las inexorables leyes de la naturaleza, o si no (b) serpenteará a la ventura, guiada únicamente por los vagos y antojadizos caprichos de la suerte. Este puede llamarse el punto de vista determinista o fatalista.

EL PUNTO DE VISTA RACIONALISTA DE LA GUERRA

Más que ningún otro escritor, Clausewitz representa el punto de vista racionalista. Según él, el paso de la paz a la guerra no es una discontinuidad o un hiato o disonancia, sino que es la mera extensión lógica de la política. Desde que:

"La guerra es un instrumento de política; necesariamente debe guardar relación con el carácter de la política, debe medir con medida de política. La conducción de la guerra en sus líneas generales es, por lo tanto, política misma, que toma la espada en lugar de la pluma, pero no por eso deja de pensar de acuerdo con su propia ley".

De acuerdo con este punto de vista, el Pacto de Kellog-Briand de 1928, por el cual las naciones signatarias acordaron "renunciar" (a la guerra) como un instrumento de política nacional, era ilusorio. La guerra es un instrumento de política nacional, y este hecho no puede cambiarse por el simple expediente de renunciar a él.

La guerra vista por Clausewitz era una opción controlable (y por lo tanto evitable) para el político. Reconocía la guerra total como una posibilidad teórica. "La guerra es un acto de fuerza", escribió, "y no hay límite a la aplicación de esa fuerza" — pero él no consideraba la guerra total como la consecuencia necesaria de cualquier recurso a la fuerza; "... todo, sin embargo", agregaba, "asume una forma diferente si pasamos del mundo abstracto al de la realidad". En el mundo de la realidad él veía la guerra como si estuviera limitada por el objetivo político buscado:

"Mientras más pequeño es el sacrificio que exigimos a nuestro adversario, más leve podemos esperar que sean sus esfuerzos para negárnoslo. Pero mientras más leves, sin embargo, sean sus esfuerzos, menores necesitarán ser los nuestros. Además, mientras menos importante sea nuestro objetivo político, menor será el valor que le atribuiremos y más dispuestos estaremos a abandonarlo. Por esta razón también, nuestros esfuerzos serán más leves".

Nuevamente destacó que:

"La guerra no es un acto de ciega pasión, sino que está dominada por el objetivo político; por lo tanto el valor de éste determina la medida del sacrificio por el cual ha de ser logrado".

El concepto de guerra como continuación de la política, impone inmediatamente restricciones en su iniciación. Si la guerra debe ser una continuación aceptable de la política del Estado, debe haber una suposición razonable de que será de utilidad al interés nacional.

"Ninguna guerra se inicia, o por lo menos ninguna guerra debería iniciarse, si la gente actúa sabiamente, sin encontrar primero una respuesta al problema: ¿qué es lo que se logrará mediante la guerra? Lo primero es el objeto final; lo demás es el objetivo intermedio. Por esta idea dominante se prescribe todo el curso de la guerra, se determina la extensión de los medios y la medida de la energía, manifestándose su influencia hasta en los más pequeños detalles de acción".

Clausewitz aparece como el primer abogado de la guerra limitada.

Alfred Thayer Mahan está de acuerdo con Clausewitz en considerar la guerra como un instrumento de política nacional racional. Mahan visualizaba el comercio marítimo como teniendo "una profunda influencia... sobre la riqueza y poder de las naciones". Luego continúa expresando:

"Para asegurar a nuestro propio pueblo una parte desproporcionada de tales beneficios, se hizo toda clase de esfuerzos para excluir a los demás, ya sea mediante pacíficos medios legislativos de monopolio o reglamentaciones prohibitorias, o por la violencia directa cuando éstos fallaran. El choque de intereses, los rabiosos sentimientos producidos por tentativas en conflicto para apropiarse de tal modo de la parte más grande de las ventajas del comercio, por no decir de todas ellas, y de las distantes regiones comerciales, han sido las causantes de las guerras".

En otras palabras, cuando fallaron los métodos pacíficos, y cuando el objeto deseado era bastante importante, las naciones como asunto de política frecuentemente han recurrido a la guerra para realizar sus ambiciones.



Karl von Clausewitz

Mahan también concuerda con Clausewitz al ver una diferencia entre la finalidad inmediata y el objeto final. Mahan lo expresó así:

“En una guerra emprendida por un objeto inmediato, aunque éste sea la posesión de un territorio o posición particular, un ataque directamente sobre el lugar codiciado puede no ser, desde el punto de vista militar, el mejor medio de obtenerlo. El fin sobre el cual las operaciones militares están dirigidas puede ser por lo tanto diferente al “objeto” que el gobierno beligerante desea obtener, y ello tiene un nombre: el “objetivo”.

Sin embargo, hay dos aspectos del punto de vista racionalista de la guerra a los cuales Clausewitz no dedicó mucha atención. El primero de éstos es la relación recíproca entre guerra y política. Aunque él visualizaba claramente la guerra como un resultado de la política, no parecía darse cuenta que también era efectivo el caso inverso: que la guerra puede también crear política como asimismo complementarla. La guerra en sí misma es, como él decía repetidas veces, un instrumento del proceso político.

Pero omitió destacar que es instrumento en la sociedad que a ella recurre. La guerra misma puede distorsionar, intensificar, moderar o incluso eliminar el objeto deseado y puede crear uno nuevo en su lugar. Esta verdad llevó a Raymond Aron a la siguiente conclusión:

“Las situaciones mismas que producen una guerra moderna quedan destruidas en su estela. Es la batalla en y por sí misma, y no es el origen, el conflicto ni el tratado de paz, lo que constituye el hecho importante y produce las consecuencias de mayor alcance”.

El otro aspecto del punto de vista racionalista de la guerra que él ignoró es la naturaleza y formulación de la política misma. Si la guerra ha de ser racional, desde luego debe apoyar una política racional. La formulación de la política nacional en prosecución del interés nacional, incumbe a la política y sus líderes deben tomar la decisión final. Sin embargo, si la guerra es demasiado importante para dejarla exclusivamente a los soldados, también la política es demasiado importante para dejarla enteramente en manos de los políticos. Como cualquier guerra puede tener muchos y contradictorios resultados —algunos malos y otros buenos— una guerra que sirva al interés nacional debe ofrecer una razonable garantía de que sus buenos efectos serán mayores que los malos. El “halcón” se inclina a pasar por alto los malos resultados mientras la “paloma” evita los buenos.

Como Clausewitz sabía, una evaluación únicamente militar no puede decidir cuál resultado es bueno y cuál es malo o tratar de establecer un equilibrio entre ellos:

“Sólo si las guerras fueran luchas de vida o muerte, causadas únicamente por el odio, sería concebible que el punto de vista político debería terminar totalmente cuando ellas empiezan. Pero, tal como dijimos antes, son solamente las manifestaciones de la política misma. La subordinación del punto de vista político al punto de vista militar sería irrazonable, pues la política ha creado la guerra; la política es la facultad inteligente, la guerra únicamente el instrumento y no lo contrario. La subordinación del punto de vista militar al político, es por lo tanto, lo único posible. . .

"En una palabra, el arte de la guerra en su más alto punto de vista se convierte en política, pero, por supuesto, en una política que lucha en lugar de escribir notas" . . .

De acuerdo con este punto de vista es intolerable e incluso dañino que un gran acontecimiento militar o los planes para tal acontecimiento tengan que admitir un juicio puramente militar; ciertamente es un procedimiento irrazonable consultar a soldados profesionales en un plan de guerra, pues pueden dar una opinión únicamente militar, como frecuentemente ocurre en los gabinetes; pero más absurda aún sería la exigencia de los teóricos, que debería exponerse ante el general, una declaración de los medios de guerra disponibles a fin de que él pueda bosquejar un plan únicamente de corte militar para la guerra o para la campaña de acuerdo con ellos.

Es evidente que Clausewitz reconoció claramente que la consecuencia política era más importante que la conveniencia militar y sabía que la promoción de la línea de conducta política era el verdadero objetivo. Si la guerra no es un fin en sí misma, tampoco lo es la victoria —cualquiera que sea su definición— exceptuando hasta el punto que sirve al objetivo político. Si esto es efectivo, es evidente que una ventaja política es digna de un costo militar. El hecho de que Clausewitz no elucubrara sobre la naturaleza y formulación de la línea de conducta política no puede atribuirse a falta de conocimientos de su parte. Tal vez estimó que en un libro llamado "Sobre la Guerra", una discusión sobre política estaría fuera de lugar.

Una guerra racional sólo puede existir si tanto los medios (tipo de fuerza militar empleada) como el fin (el objetivo político deseado) son racionales. Una guerra justificada da por sentado el punto de vista racionalista de ella. La determinación de lo que es política racional la hace cada nación por sí misma. Al tomar esta decisión, las naciones son gobernadas por la situación tal como la ven, y por sus propias tradiciones y metas. Sin embargo, un pacto termonuclear suicida, no serviría a ninguna política racional. Se prestaría un servicio a todas las naciones, evitándola.

EL PUNTO DE VISTA DETERMINISTA DE LA GUERRA

El otro punto de vista considera a la guerra como un resultado incontrolable de fuerzas superhumanas. En lugar de ser una elección libre tomada de acuerdo con una política nacional racional, el determinista (o fatalista) considera a la guerra como determinada por fuerzas psicológicas y/o naturales que están más allá del control humano. Un corolario que se desprende directamente de este punto de vista sostiene que una guerra, una vez iniciada, continúa con una lógica propia que está más allá del control humano. Una vez que estalla debe seguir su rumbo, en cierta forma, como la muerte negra en la Europa Medieval. La guerra hiperbólica —guerra que se expande sin límites tanto en medios como en objetivos una vez que se emplea la fuerza militar para resolver algún conflicto— también es un corolario necesario para el punto de vista determinista de ella.

Guilio Douhet fue el apóstol del poder aéreo, no un filósofo de la guerra, y en ninguna parte él establece explícitamente su conocimiento de la finalidad de la guerra. Sin embargo, sus escritos sólo pueden comprenderse con la suposición implícita del punto de vista determinista, y él, más que cualquier otro escritor militar, es su gran exponente. En contraste con Clausewitz y Mahan, quienes consideraron la guerra limitada como la norma para un objeto político alcanzable, Douhet sólo contemplaba la guerra en una escala tan ilimitada que destruiría la sociedad civilizada completamente. "La forma predominante de organización social —escribió él— ha dado a la guerra el carácter de una totalidad nacional o sea, la población entera y todos los recursos de una nación son absorbidos por la guadaña de la guerra. Y, como la sociedad ahora está evolucionando definitivamente a lo largo de esta línea, está dentro del poder de la previsión humana ver ahora que las guerras futuras serán ilimitadas en carácter y alcance".

Si acaso Douhet vio algún posible objetivo político tras la guerra, no dio indicio de ello. Más bien, ignoró completamente los motivos políticos y no ofre-

ció objetivo alguno para la guerra más allá del hecho de ganar la guerra misma. Desdeñaba los acuerdos negociados y sólo pensaba en términos de rendición incondicional:

“Lo que podía ocurrirle a una sola ciudad en un solo día (tal destrucción que la vida de la ciudad quedaría suspendida) podía ocurrirles a diez, veinte, cincuenta ciudades. Y como las noticias viajan rápido, incluso sin telégrafo, teléfono o radio, ¿cuál, les pregunto, sería el efecto sobre los civiles de otras ciudades, no atacadas aún, pero que podrían ser objeto de un ataque de bombardeo? ¿Qué autoridad civil o militar podría mantener el orden, los servicios públicos funcionando y la producción caminando bajo tal amenaza? Y aún si se mantuviera una apariencia de orden y se hiciera algún trabajo, ¿no sería suficiente acaso la vista de un solo avión enemigo para provocar una estampida de la población dominada por el pánico? En breve, la vida normal sería imposible en medio de esta constante pesadilla de muerte y destrucción inminente. Y si en el segundo día otras diez, veinte o cincuenta ciudades fueran bombardeadas, ¿quién podría impedir que toda esta gente perdida, atacada por el pánico huyera al campo abierto para escapar de este terror del aire?

“Lo único que puede producirse es un completo derrumbe de la estructura social en un país sujeto a este tipo de despiadado quebrantamiento desde el cielo. Pronto llegará el tiempo en que para poner fin al horror y al sufrimiento, el pueblo mismo, llevado por su instinto de autopreservación, se levantará y exigirá que se le ponga fin a la guerra”.

Y en otra parte escribió que:

“Una nación... que se encuentra sujeta a incesantes ataques aéreos apuntados directamente a sus centros más vitales y sin la posibilidad de una represalia efectiva... debe llegar a la convicción de que todo es inútil, que toda esperanza está muerta. Esta convicción significa la derrota”.

Douhet se sintió obligado también a rechazar el concepto de guerra justificada. “Es”, escribió, “inútil engañarnos a nosotros mismos”.

“Todas las restricciones, todos los acuerdos internacionales hechos durante tiempo de paz están destinados a ser barridos como hojas secas en las alas de la guerra. Un hombre que está empeñado en una lucha de vida o muerte —como son todas las guerras actuales— tiene el derecho de usar cualquier medio para preservar su vida. Los medios de la guerra no pueden clasificarse como humanos o inhumanos. La guerra siempre será inhumana y los medios que en ella se usan no pueden clasificarse como aceptables o no aceptables de acuerdo con su eficacia, potencialidad, o perniciosidad para el enemigo. El objetivo de la guerra es dañar lo más posible al enemigo; y todos los medios que contribuyan a ese fin serán empleados, no importa lo que sean”.

De acuerdo con estos puntos de vista, Douhet estaba obligado, lógicamente, a rechazar cualquier esperanza de limitar la guerra con éxito mediante un acuerdo:

“No nos atrevemos a esperar que el enemigo empiece a usar las así llamadas armas inhumanas prohibidas por los tratados antes que nos sintamos justificados para hacer lo mismo... Debido a una necesidad extrema, todos los contendientes deben usar la totalidad de los medios sin vacilación, estén o no prohibidos por los tratados, que después de todo, no son más que jirones de papel en comparación con la tragedia que sigue”.

Las fuerzas psicológicas que impulsarían al hombre a la guerra determinista se presume que surgen desde dentro del hombre mismo, de una naturaleza que se supone que es amante de la guerra irracional y autodestructiva. Es casi como si la guerra fuera atribuida al pecado original, que no puede ser controlado o limitado, sino que debe ser soportado pasivamente o exorcizado completamente por el bautismo en la fuente del pacifismo. “Dr. Strangelove” es una parodia sobre la variación psicológica del punto de vista determinista.

La variación natural de las fuerzas desde el punto de vista determinista, por otra parte, contempla al hombre como prisionero de las demoníacas fuerzas externas de la naturaleza, que lo llevan sin querer a la guerra. Alimento, población, lucha de clases, incluso la historia o la geografía, en lugar de la naturaleza

esencial del hombre, son considerados como los elementos que lo llevan a su destrucción. Karl Marx y Karl Houshoffer son ambos discípulos de las variaciones de las fuerzas naturales desde el punto de vista determinista.

Tal vez inconscientemente, tanto los pacifistas como los militaristas, esperan la guerra hiperbólica, totalmente ilimitada. Ambos grupos necesariamente rechazan toda limitación —ya sea moral o política— sobre el uso de la fuerza, como si no tuviera significado alguno o fuera totalmente fútil. Ambos son de hecho militaristas extremos, que no ven una alternativa posible entre la paz absoluta y la guerra total. Por consiguiente, parece que ellos creen que la guerra no puede servir para un fin racional y es motivada únicamente por un odio incontrolable, temor, ambición y ciego instinto. Cuando ya ha estallado, creen ellos que todas las decisiones deben tomarse o se tomarán únicamente en base a la conveniencia militar.

Habiendo determinado que la guerra puede considerarse tanto racional como determinista, es importante recordar que, como cualquier otra simple división en dos partes, esta clasificación no resiste un examen muy intenso.

Sin embargo, como primer enfoque es muy útil y puede ser muy instructivo. Desgraciadamente, el mundo real es más complejo y los dos pueden coexistir en cualquier situación. El efecto recíproco entre guerra y política casi siempre introducirá algunos factores deterministas. Una completa aceptación del punto de vista determinista de la guerra sin embargo, destruiría al hombre como una criatura con una voluntad libre, responsable finalmente de sus propias acciones.

La guerra no es un acto de Dios —o de los dioses— sino que es el resultado directo de cosas que los hombres o las naciones hacen o dejan de hacer. El conflicto es inevitable y la política nacional (o la carencia de ella) determina el método por el cual se resuelve ese conflicto. El tener que elegir es ineludible; la ineptitud para darse una política se convierte a su vez en política y la negativa a tomar una decisión, es en sí misma una importante decisión. Únicamente en el caso de una indecisión de nuestros líderes, el resultado estaría gobernado real-

mente por el azar (por las decisiones de la otra parte). Una vez que una nación ha ido a la guerra — a ese duro tribunal del último recurso—, el resultado, para bien o para mal, brota de lo que los hombres o las naciones hacen o dejan de hacer. Debemos tener líderes militares y políticos que puedan aplicar la facultad del razonamiento moral a la empresa de la guerra.

FORMAS DE GUERRA

La guerra, de acuerdo con el punto de vista racionalista, es la aplicación ordenada de la fuerza, para resolver un problema social después que todos los otros medios han fracasado. Generalmente se considera que las causas de la guerra son: la inmediata y la de origen remoto. La causa inmediata es la secuencia de acontecimientos que lleva directamente a las hostilidades, mientras que el origen remoto es la fuente básica o subterránea del conflicto. Estudios pasados de cómo se inician las guerras, han dado importancia a acontecimientos históricos en lugar de los problemas sociales. Tal vez los acontecimientos históricos llamaron primero la atención porque son más fáciles de entender que las aspiraciones humanas y los problemas sociales. De hecho, solamente un puñado de teólogos y sicólogos han tratado de sondear las esperanzas, temores, ambiciones y odios que se encuentran en la raíz del conflicto humano. Asimismo, el estudio de la guerra misma ha tratado principalmente sobre la forma en que se libra en vez del conflicto que precipitó el encuentro. Y no obstante, para que sean verdaderamente efectivas las tentativas de impedir, limitar o concluir la guerra, deben preocuparse mayormente de los problemas implicados. Los motivos humanos son más importantes que determinar el agresor o fijar las líneas de cese de fuego.

El conflicto entre las naciones surge de problemas sociales y cualquier problema que despierte fuertes pasiones puede conducir a la guerra. La guerra puede clasificarse de muchas maneras: de acuerdo con los medios empleados, según las restricciones observadas a los resultados deseados, etc. Cuando se considera el papel de la guerra en la socie-

dad debería clasificarse de acuerdo con el problema implicado. La guerra asume formas diferentes al brotar de fuentes diferentes, y hay tantas variedades, como problemas que conducen a ella. Sin embargo, estas variedades pueden considerarse bajo un pequeño número de formas genéricas. Prescindiendo de las guerras por motivos que ya no existen (tales como sucesión dinástica), la mayoría de ellas puede clasificarse por su causa en cuatro grupos diferentes, que son: Primero, guerra civil, cuando las aspiraciones frustradas de un grupo disidente interno se convierten en rebelión abierta contra el gobierno constituido. Segundo, guerra nacional, cuando una nación o alianza llega a una impasse en sus relaciones con un grupo externo y el conflicto armado aparece como el único método disponible, aceptable a ambos. Tercero, guerra religiosa, cuando un grupo religioso se siente obligado a divulgar (o defender) su fe contra otro grupo similar por el fuego y la espada. Y, finalmente, la guerra de clases, cuando un grupo social, económico o étnico intenta mejorar su situación en relación con algún otro grupo y ataca el orden social existente usando la fuerza para imponer un cambio. Estas causas no son necesarias y mutuamente exclusivas y frecuentemente se encuentran combinadas. Incluso estas combinaciones tienen generalmente el predominio de una de ellas.

La guerra civil surge cuando el problema que se desea resolver es interno, y un grupo disidente interno intenta reemplazar el gobierno constituido por la fuerza de las armas. Hay que diferenciarla de la desobediencia civil (por difícil que sea) y del golpe de estado. Aunque la desobediencia civil evidentemente es un intento de lograr que el poder tenga ingerencia en la política interna, el resultado no es guerra civil, a menos que el elemento disidente sea controlado (o explotado) por un movimiento subversivo organizado.

El golpe de estado es una acción clandestina de un grupo pequeño con el fin de reemplazar a los altos funcionarios de gobierno por otros elegidos por la junta. Como el golpe de estado no implica a las masas, el único problema puede ser quién ha de asumir el poder. Sin embargo, puede existir un problema social ver-

dadero, como es la destitución de una autocracia dinástica. Un golpe de estado con éxito dura solamente unas pocas horas y da por resultado muy poca lucha verdadera. Cuando no tiene éxito porque los rebeldes carecen de poder suficiente para obtener una rápida victoria y no existe o no puede crearse un verdadero problema, de modo que las masas realmente se comprometan, entonces puede producirse una verdadera guerra civil. Un intento de golpe de estado por Francisco Franco, luego de la elección española de 1936, falló y España se vio sumergida en tres años de guerra civil.

Entre la guerra civil por un lado y la desobediencia civil por el otro, la lucha por el poder interno abarca desde la conspiración, la subversión, la insurgencia, el alzamiento, el motín, la revuelta, la insurrección, la rebelión hasta la revolución. Estas luchas varían enormemente en violencia, intensidad y duración. El punto en que la conspiración se convierte en guerra es arbitrario. La guerra civil frecuentemente es muy amarga y las cicatrices resultantes en el cuerpo civil generalmente se mantienen por generaciones. Y no obstante, los problemas por los cuales los hombres lucharán efectivamente existen, y cuando surge un dilema de esta intensidad, ningún gobierno del mundo (o ningún gobierno mundial) puede impedir la guerra.

Algunas veces se produce una guerra civil en la cual los elementos disidentes están geográficamente concentrados hasta el punto que pueden constituir un gobierno rebelde independiente que —al menos hasta que es derrotado— tiene todos los atributos de un estado soberano; territorio, población, y poder militar. Tanto la Revolución Americana como la Guerra de Secesión son ejemplos de este tipo de guerra civil. En todos los detalles de carácter militar son como una guerra entre dos naciones. Políticamente son guerras civiles.

Cuando los americanos piensan respecto a la guerra, generalmente se refieren a una guerra nacional. Desde la transición de las guerras dinásticas a las guerras nacionales durante los siglos XVI y XVII, la civilización occidental ha estado preocupada de las guerras entre las naciones-estado. Todas las grandes guerras de los siglos XVIII, XIX y XX fueron

nacionales. Esta preocupación se ha vuelto tan absorbente que frecuentemente olvidamos que existen otras formas de guerra. Tanto los planes para una paz universal como los planes para un posible conflicto, tácitamente suponen una guerra nacional y los libros sobre la historia de la guerra les dan mayor importancia a las guerras internacionales del mundo occidental. Pero esto es un gran error, muchas guerras de graves consecuencias no fueron de origen nacional.

Guerra nacional es toda aquella en que la rivalidad nacional es la causa principal. Pueden ser guerras imperialistas, coloniales o para mantener un statu quo favorable, guerra por la supervivencia nacional, o guerra para promover forzosamente el objetivo de una nación contra la oposición de otras. La guerra para mejorar la posición de una nación con respecto a otras es nacional, mientras que la guerra para difundir una ideología sin tomar en consideración los límites nacionales, no lo es. Aunque esta diferencia sólo tiene interés académico para el táctico militar, debería ser de gran importancia para el estratega. La apariencia exterior puede ser la misma, pero el problema a resolver es diferente. En las palabras de Alfred Thayer Mahan, "el objetivo es el mismo, pero el objeto es diferente".

La guerra nacional se libra por resultados de diferente grado de importancia. De acuerdo con el valor de estos objetos, la guerra nacional puede ser limitada o total. Las guerras en las cuales las fronteras de una nación, pero no su existencia, están en disputa pueden mantenerse limitadas. La guerra en la cual la supervivencia nacional está en la picota no puede ser limitada. Por ejemplo, mientras los árabes juren destruir a Israel, esa guerra, desde el punto de vista de Israel, será ilimitada.

La guerra nacional limitada plantea una grave amenaza pero poco reconocida para la democracia liberal de hoy día. La guerra moderna, aunque sea limitada, exige la cooperación de los ciudadanos, particularmente en una democracia. Si los líderes políticos ocultan los verdaderos problemas implicados, tendrán dificultades para que los ciudadanos acepten la guerra hasta que se llegue a una solución. Si por el contrario tratan de fus-

tigar el entusiasmo público por la guerra, difundiendo los problemas, pueden tener dificultades en el mantenimiento de una guerra limitada.



Giulio Douhet

La religión, en una época, fue la causa más importante de guerra, y las guerras religiosas que siguieron a la Reforma, fueron de las más crueles que hayan tenido los hombres. La expansión islámica entre el 632 y el 732 fue una guerra religiosa casi en su forma más pura. De hecho, la Jihad (guerra santa islámica) es la misma quintaesencia de la guerra religiosa. El movimiento islámico se verificó primero en Constantinopla el año 718 y luego volvió en Tours el año 732. Para la época del asedio de Viena por los turcos otomanos, unos mil años después, la naturaleza del conflicto había cambiado. La mayor parte del fanatismo religioso se había desvanecido y la guerra asumió el carácter de imperialista ordinaria. Las cruzadas del siglo XI al XIII y la sangrienta guerra de los 30 años en Europa entre 1618 y 1648 también fueron religiosas. Hoy la guerra árabe-israelí tanto como la disputa entre India y Pakistán, implican también problemas religiosos.

En los últimos años las guerras nacionales han reemplazado a las religiosas como las más viciosas y destructivas. Esto ha sido el resultado de la declinación de la dedicación religiosa en el mundo occidental y del simultáneo surgimiento del nacionalismo. El testamento de Rousseau se ha combinado con la soberanía de Jean Bodin para crear una nación-estado capaz de dominar la lealtad de sus ciudadanos en una forma que una vez fuera privilegio exclusivo de la Iglesia.

Tanto la Revolución Rusa como la Francesa tuvieron su origen en la lucha de clases más que en la ambición nacional. La de clases es una de las formas menos clara de guerra y generalmente se mezcla en otra forma. Así, mientras la Revolución Francesa se inició como una guerra de clases, estaba totalmente contenida dentro de los límites de una nación y por lo tanto podía denominarse guerra civil. La Revolución Francesa condujo también directamente a las guerras napoleónicas, las que evidentemente no fueron nacionales. Pero, aunque la clasificación es insatisfactoria, desde la Revolución Bolchevique de 1917, la guerra de clases de inspiración marxista ha suscitado una atención cada día más creciente.

Existen otras formas de guerra de clases, tales como las guerras tribales que frecuentemente se producen en Africa, pero es la versión marxista la que demanda una especial consideración.

Aunque tanto la guerra civil como la nacional son realizadas por la organización política, la guerra religiosa y la de clases no lo son. Ambas emanan de una lealtad y pasan a ser algo que trasciende a la nación y por lo tanto no están limitadas por fronteras políticas. El esparcimiento de estos tipos de guerra sólo está afectado por los límites nacionales, por coincidencia o por conveniencias tácticas. Cuando el manifiesto del Partido Comunista proclama: "Trabajadores del mundo uníos", está llamando a los comunistas a abandonar su lealtad a la nación a favor de la lealtad a una clase internacional. Es la invocación a una guerra santa de clases.

Los verdaderos marxistas (en oposición a los que se unen al partido para obtener una ventaja táctica) fijan su fe política por sobre su familia, nación o

Dios, y voluntariamente se someten al régimen cuya ideología admiran. Frecuentemente se olvida o se ignora, por parte de los anticomunistas, que no pueden comprender por qué los comunistas americanos muestran más lealtad a Moscú que a Washington.

La clase marxista, vestida con el traje de las "guerras de liberación nacional", es heredera de gran parte de la fanática dedicación personal y de la misión que antes pertenecía a la guerra religiosa. El dominio sobre sus votantes es muy semejante al dominio de la religión sobre los fieles y tanto las guerras religiosas como las marxistas son ideológicas. De hecho, la difusión del marxismo desde 1917 se comprende mejor probablemente cuando se le compara con el barrido del Islam entre el 632 y el 732. Sin embargo, la historia puede mostrar aún que el fracaso comunista de ganar la elección en Italia en 1948, fue un revés comparable al revés de los musulmanes en Constantinopla en el 718. Si esto es así, entonces el punto culminante, o sea, el equivalente para el mundo libre de la batalla de Tours para la Cristiandad, no se ha producido todavía. Es peligroso invocar la similitud histórica, pero ésta sugiere que el "Tours" del actual conflicto con el comunismo, puede encontrarse en algún lugar de Asia.

CARACTERISTICA DEL PODER MILITAR

Cuando se emplea el poder militar para resolver un problema social, es importante mantener sus capacidades y limitaciones como un instrumento político en mente, a menos que se espere que realice demasiado. El mal uso del poder militar, por ignorancia o por un desconocimiento deliberado de sus características puede ser contraproducente. Como instrumento político el poder militar es soberano, relativo, variable y limitado.

Probablemente los estados fueron creados primero para hacer uso del poder militar y éste es soberano por definición: soberanía requiere poder y poder crea soberanía. La capacidad para la violencia organizada es inherente a la sociedad humana y cuando debe usarse

la fuerza, debería ejercerse por la autoridad constituida de acuerdo con la voluntad de la comunidad.

En la comunidad de las naciones, la nación-estado independiente es libre de tener cualquier tipo de establecimiento militar que estime necesario para los objetivos de su política exterior, que a su vez es determinada en parte por el poder militar que tiene a su disposición para ponerla en vigor. El grupo social capaz de ejercer poder militar en apoyo de una línea de política independiente se ha establecido como soberano.

La naturaleza soberana del poder militar es uno de los problemas de las alianzas militares, y Napoleón destacó una vez que su éxito era debido a las coaliciones en lucha. Solamente cuando el interés nacional y las simpatías nacionales son casi tan idénticas como eran las de los Estados Unidos y el Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial, es efectivo que la unidad del mando aliado se hace posible. Hoy, el problema de la OTAN es realmente la contradicción entre mando internacional y soberanía. Aunque De Gaulle ha exacerbado efectivamente este conflicto, él no lo creó.

Luego, el poder militar es relativo, pues no hay medida absoluta disponible. Como destacaba Henry Kissinger: "En el siglo XVII habría sido fútil comparar el poder del Japón con el de Gran Bretaña, ya que no poseían medios para poner sus poderíos frente a frente".

Para que una nación emplee con éxito una confrontación de potencia, debe poner bastante poder en contra de su adversario en el lugar adecuado y en el momento preciso. Como una confrontación de poderes es necesariamente una competencia entre dos adversarios, la determinación de cuánto constituye lo suficiente, dependerá del poder que la otra parte esté dispuesta a ejercer. Lo que es bastante aquí hoy puede ser inadecuado o superfluo en otro momento y lugar. De hecho, el concepto de poder no tiene significado hasta que no se le relaciona con una situación en particular y se le hace realizar una tarea concreta contra una oposición específica.

La disuasión es ahora una importante función del poder militar. Sin embargo, este uso del poder militar no es realmente nuevo. Recordemos, por ejemplo, el antiguo concepto de "fleet-in-being",

flota en potencia. Hoy este antiguo aspecto del poder militar ha asumido una importancia ampliamente mayor. La disuasión es el uso pasivo del poder militar. Es una empresa psicológica, no militar y el poder necesario para disuadir dependerá de las características psicológicas de los dos oponentes. Cuando no se usa el poder militar, su medida es precisamente lo que la gente cree que es. Bajo estas condiciones, los factores psicológicos son tan importantes como los materiales y no solamente el poder militar es relativo, sino que se torna inseguro, ya que no hay nada con qué relacionarlo.

Incluso, más que relativo, el poder militar es inestable. En una época, la mera cantidad de hombres era un elemento decisivo, pero a medida que los garrotes cedieron el paso a las espadas y lanzas, los castillos cedieron su lugar a la pólvora, la caballería dio paso a la ametralladora, la que a su vez cedió ante el tanque, como también el avión tripulado está cediendo el paso al misil. Cualquier historia de la tecnología militar es realmente un estudio de estos cambios. No podemos ver el siguiente paso, pero mientras sigamos esforzándonos por movernos más rápido, atacar más fuerte y defender una posición con mayor firmeza, podemos estar seguros de que no habrá fin para este constante cambio.

La naturaleza cambiante del poder militar subraya la necesidad de mantenerse al día. Las fuerzas y las políticas que produjeron el gran poder militar de ayer están reducidas ahora a algo sin importancia. En el mundo actual la sobrevivencia requiere adaptabilidad creativa.

Más allá del cambio únicamente técnico está el cambio psicológico en el hombre y su perspectiva. Las actitudes humanas siempre han sido importantes, pero desde que el poder de disuasión es lo que la gente cree que es, las actitudes son decisivas. Las actitudes humanas pueden cambiar incluso más rápidamente que el armamento, y la fuerza disuasiva no sólo es difícil de valorar sino que está sujeta a rápidas fluctuaciones. El primer Sputnik ruso no cambió la capacidad de los misiles balísticos intercontinentales de la Unión Soviética, pero produjo un importante cambio en la actitud mundial hacia el poder ruso.

Finalmente el poder militar es limitado. Algunas cosas no se hacen y otras no pueden hacerse por el poder militar. La fe, por ejemplo, no se difunde con éxito mediante el fuego y la espada. Las guerras del 632 y del 732 no decidieron el problema entre el Islam y la Cristiandad, ni la guerra de los 30 años decidió el problema entre protestantes y católicos. El Tratado de Westfalia no puso fin al conflicto entre protestantes y católicos, sino que simplemente reconoció que el poder militar había sido incapaz de producir una decisión. El proselitismo continuó y el conflicto fue transferido a otros campos más adecuados de dedicación. Asimismo, el conflicto entre Oriente y Occidente debe ser decidido finalmente a través de alguna forma de coexistencia, tal como musulmanes y cristianos, protestantes y católicos coexisten actualmente. Esto debe ser una decisión mutua, y no dará por terminado el conflicto, pero éste puede expresarse en otras formas, permitiendo evitar la guerra.

Lo que es bastante interesante, la creciente destructividad de las armas nucleares ha aumentado en lugar de disminuir las limitaciones políticas del poder militar. Una vez que se ha llegado a cierto nivel de poder, es inútil aumentarlo y la tentativa de aplicarlo en exceso destruiría el objeto en lugar de lograrlo. Nunca se produjo una guerra por un problema fronterizo, a menos que ya existiera un serio problema, y la amenaza de la destrucción nuclear ha aumentado la renuencia de las naciones para ir a la guerra. La guerra como instrumento político es la aplicación controlada de la fuerza y, por lo tanto, si se volviera incontrolable, dejaría de ser útil.

OBJETO Y OBJETIVOS

La distinción entre objeto y objetivos es una de las cosas más difíciles de retener en mente en una guerra limitada. El objeto es el problema social que debe ser resuelto y el objetivo es el lugar en que se aplica la fuerza militar para lograr este fin. A medida que avanzamos en el campo de la estrategia indirecta, el objetivo puede volverse más y más remoto del objeto. Por lo tanto, es necesario hacer un esfuerzo consciente para recordar que el objetivo es importante

hasta el punto que contribuya a alcanzar el objeto, o sea, la resolución del problema social que se tiene en mano.

Para tomar un ejemplo actual específico, la política norteamericana continúa siendo la contención del comunismo. El problema básico que nosotros y los comunistas tenemos que resolver es el uso del poder exterior para obligarlos a liberar a la gente. Por lo tanto, nuestro objetivo (la victoria en el sudeste asiático) es importante sólo hasta el punto que contribuya a nuestro objeto (la contención del comunismo). Esto significa que cada acción militar debería considerarse en relación con su objeto, recordando que cada acción evocará una respuesta. ¿Beneficiará a nuestro objeto el efecto neto de nuestra acción y su probable reacción? Como nuestro objeto no es simplemente impedir la difusión del comunismo en Vietnam del Sur, sino impedir su expansión en todas partes, la respuesta a este problema aparentemente simple se vuelve sumamente compleja.

Desgraciadamente, el debate interno sobre Vietnam no es realmente un diálogo, sino un duelo de monólogos. Los pacifistas alegan que la guerra está matando gente y por lo tanto que debería terminar, mientras que el "halcón" alega solamente que hay que detener la expansión del comunismo, y por lo tanto debemos ganar. Para transformar esto en un diálogo con significado, el argumento tendría que ser que: (a) tanto el objeto como el objetivo son correctos, (b) el objeto es correcto pero el objetivo está mal, (c) el objeto está mal y por lo tanto el objetivo es desatinado.

Como Liddell Hart nos recuerda, ciertamente debemos conocer la guerra. Tanto J. J. Rousseau como Immanuel Kant creían que, antes de la Revolución Francesa, las guerras eran desatadas por los príncipes para sus ventajas personales en lugar del beneficio de sus súbditos. Por lo tanto, concluyeron que no habría guerras bajo una forma republicana de gobierno. Indudablemente ambos habían estudiado la guerra tal como la conocían; es obvio también que ninguno de los dos la comprendía.

(Traducido del "Proceedings", Julio 1968).